

# El Gualeguay

Marylin Contardi

Qué dulce calor, allá  
de la hondonada que dejara, cuándo? el mar,  
subió en una nube de paloma?  
O venía de él  
con el hálito, gris y blando, del mar?  
Y qué viento, qué viento, vino al encuentro de la nube  
para una hija que cayera, pálida,  
o con todo el día en sus cintillos?:  
Cómo fue aquella lluvia:  
de arpa ciega o de penumbra  
o de juncos de vidrio que huían  
o plantaba una hada brusca?  
Y de qué mes, de cuál, sus cabellos o sus varas?

Esta es la primera estrofa del largo poema "El Gualeguay" de Juan L. Ortiz.

El interrogante que comienza en el primer verso, atraviesa toda la estrofa y continúa mucho más allá.

La perseverancia en la interrogación es uno de los rasgos del estilo que se presenta como cargado de intentos, de merodeos, que enfrenta con recato la velada dimensión de las cosas. Si hay tantas preguntas es que lo que se intenta alcanzar es complejo. El "rostro de lo desconocido" tiene gran fascinación porque todas las formas son posibles en él.

Juanele avanza con cautela en la exploración. Para desgarrar la opacidad que recubre lo que intenta aprehender, para volverla transparente, afina, pule sus propios materiales, encadena los interrogantes, modifica los puntos de vista.

Su mirada parece más aguda a medida que observa y, a su vez, las cosas así sagazmente o finamente observadas, sueltan su

halo oscuro, se iluminan, se vuelven transparentes. “El estilo, dice Roland Barthes, funciona como una necesidad, como si, en esta especie de floración, el estilo no fuera sino el final de una metamorfosis ciega y obstinada, salida de un infralenguaje que se elabora en el límite de la carne y del mundo”.

Para acercarse a una materia que se percibe –o se quiere– compleja, se hacen rodeos, que como en espiral cada vez más cerrada, van envolviendo, cercando su misterio, y, al mismo tiempo, develando que mientras más se escudriña, más indescifrable se revela, y que, huidizo, se va corriendo cada vez más lejos, como las dunas del desierto.

Qué dulce calor, allá  
de la hondonada que dejara, cuándo?

El “dulce calor” apenas depositado en el primer verso es dejado en suspenso, la atención se va a concentrar en lo que sigue:

[...] allá  
de la hondonada que dejara, cuándo? el mar,

El verbo en subjuntivo aleja la impresión de dureza que dejaría una aseveración firme, y se apoya además, en el interrogativo “cuándo” para reforzar la indefinición, para mandar más lejos aún, más atrás, el probable acontecer removiendo las capas de tiempo, para seguir:

[...] cuándo? el mar,  
subió en una nube de paloma?

Ahora sí de nuevo el “dulce calor”, convertido en “nube de paloma” por donde debe haber subido. Convertido en imagen que se balancea en una oscilación cautivadora en el ámbito de “paloma”. La palabra está cargada de toda la imaginaria con que fue dotada a través de la literatura, desde aquella paloma bíblica, que debe haber sido la primera. Bien puede ser una paloma, y entonces estaríamos en los tiempos del origen, la paloma volando sobre las aguas ya quietadas, ¿o es una nube, que evoca la paloma por los tonos suaves, por el paso ligero por el cielo?

Ya desde el comienzo el orden es trastocado, se alarga la reflexión del tiempo mediante los subjuntivos, se plantea un interrogante y se lo deja planeando, señal, para nosotros, por lo menos de atención: ¿adónde vamos, adónde se nos lleva?, se insiste en el interrogante:

O venía él  
con el hálito, gris y blanco, del mar?

El punto de partida, la interrogación inicial comienza a transformarse, como dejando ver en sí misma algo más: la respuesta estaría en la búsqueda misma –así los patriarcas del Antiguo Testamento por medio del destino errante daban fe de lo inasible, del absoluto que buscaban.

Tratada de un modo prosaico la interrogación del comienzo podría ser así:

“¿Qué calor dulce subió allá, en una nube de paloma, de la hondonada que dejara el mar, cuándo?”

Imposible colocar allí ese “cuándo”, suena falso y se esfuerza inútilmente en señalar una complejidad, ya que no lo logra. El “cuándo” del poema, situado justamente antes de “el mar” ¿a quién alude; es, como se puede suponer, parte del destino del “dulce calor” o habla de los tiempos en que el mar se retiró o de las dos cosas a la vez?

Ni hablar del final “en una nube de paloma”, que quedaría apretado, sin alas; ¿y no es precisamente en ese vuelo, doble, fantástico, donde reside gran parte de la sugestión de esos versos?

Es en esa construcción, en ese orden, como circulan juntos “la gracia y el sentido”.

El poema sigue:

Y qué viento, qué viento, vino al encuentro de la nube  
para mi hija que cayera, pálida,  
o con todo el día en sus cintillos?:

La interrogación recorre estos versos en una línea más recta que la de los anteriores, y finaliza en una palabra que resuena mucho y bien: “cintillos”.

“Cintillos” no es palabra de uso frecuente, y al tembloroso sonido de su sílaba final –que preanuncia ya el tintineo de la lluvia–

se agrega la multiplicidad de imágenes. Concentra por lo menos tres: recuerda a escintilar, comparte dos sílabas con ella, y si escintilar es centelleo de brillos, también comparte con brillos la sílaba final, y es ahí donde se aloja preferentemente la idea de movimiento brillante.

Por otro lado es anillo, que anuncia o celebra las nupcias; el cintillo es también el anillo nupcial. Y por fin los cintillos son también adorno de cintas, que por la forma, el movimiento ondulante, los brillos de los hilos y las piedras con que están bordadas, ¿no se asemejan, no son ya, lluvia que cae? Estas imágenes, vienen a retumbar como ondas sonoras alrededor de “cintillos”, y con esa carga enriquecen a “lluvia”, que es introducida en seguida y la acompañan con un cortejo de movimientos y brillos:

Cómo fue aquella lluvia:  
de arpa ciega o de penumbra:

La cercanía entre arpa y lluvia puede parecer evidente por la sonoridad de ambas, por las cuerdas del arpa como hilos de agua, o los hilos de agua como cuerdas, la calidad de “ciega” es más oscura. ¿Es ciega porque está en la penumbra, y ésta remite a la noche del origen? ¿Es ciega porque nadie está ahí para verla? En todo caso, ¿fue antes del “Y la luz se hizo?”.

¿Cómo fue “que huían esos juncos de vidrio?” La palabra “vidrio” con el frotamiento de la “d” y la “r” entre los agudos de las “i” hace audible los roces. Y esos juncos, ¿son la “lluvia”?, ¿y son también tallos de juncos que alguien plantaba?

La lluvia se iría convirtiendo en juncos que ella plantaba, ¿quién es ella? Ella es la inesperada “hada brusca”:

o de juncos de vidrio que huían  
o plantaba una hada brusca?

Adjetivo poco frecuente para acompañar a un hada, resalta, además, por el cambio súbito de tono introducido con la “u”, en un verso dominado por las “a”. El uso del artículo “una” en lugar de “un” preserva el sonido de las “a” repetidas en toda la extensión del verso y su duración sostenida, lograda por el encadenamiento, cuando suena: “unaahaada”. De esa manera se atenúa

también la “brusca” irrupción del adjetivo que acompaña a “hada” que, sin embargo, hace oscilar la línea de notas. De golpe, entendemos que penumbra –vidrio– y brusca, fluyen por la misma línea sonora.

Pero no ha habido quiebres, lo que sí se produce es una ondulación en la intensidad y el tono de los sonidos que acompañan o son el vehículo en el que viajan, veloces, las imágenes: lluvia de arpa, juncos que huyen, hada que planta.

Plantar es una labor familiar, doméstica, pero también ancestral. Realizada por un ser fabuloso nos coloca en el origen. Aún sin nombre propio la Hija del viento y de la nube es de la misma especie que los seres mitológicos.

La estrofa concluye:

Y de qué mes, de cuál, sus cabellos o sus varas?

Avanzamos a través de interrogantes, podríamos decir que se van levantando delante de nosotros como velos que descubren al levantarse otros velos más lejos.

Es indeciso el mes, alude al inalcanzable origen, pero entre “cabellos” y “varas” ¿tendríamos que decidir? Felizmente no. Cada una de ellas es palabra de varios sentidos, se los oye agitarse con cada una, pero no tenemos que decidir.

Turbados por el ir y venir de los interrogantes que abren haces de probabilidades, cautivados por la simultaneidad de imágenes que fulguran como abejas al sol, tenemos que apurar el paso a pesar nuestro, para no quedarnos rezagados.

Porque en el verso siguiente Juanele, ya está viendo, ya está diciendo:

Y el cielo fluía, mate y traslúcido, del norte:

La segunda estrofa acaba de empezar.